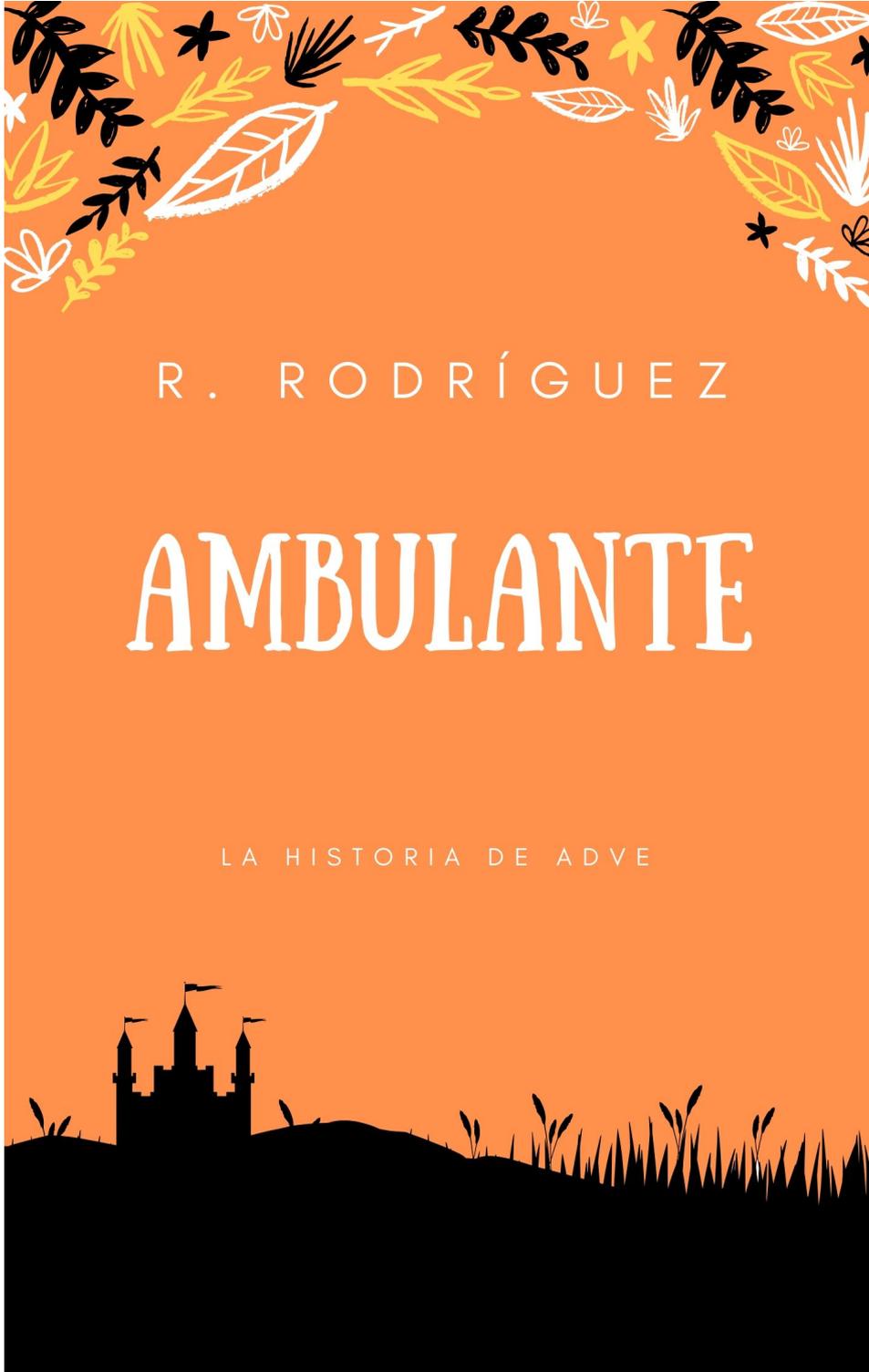


Ambulante. La historia de Adve.

Romina Rodríguez



Capítulo 1

Muchos creen que nuestros destinos los decide el Creador al momento de traernos al mundo. Pero algunos pocos, sospechamos que somos nosotros mismos los que forjamos nuestros destinos con decisiones y acciones. O, al menos, que el Creador nos da por momentos la posibilidad de cambiar lo que ha decidido para nosotros; tal vez por error, tal vez por bondad, tal vez por simple distracción. Sin embargo, la mayoría de los habitantes del Reino de Lis creen en lo primero y no en lo último que he escrito. También creen que son la creación más perfecta de el Creador, sus hijos elegidos y protegidos. Los otros pueblos, esos de extrañas costumbres, creencias y vestimentas, son intentos fallidos, hijos que se han desviado y traicionado la voluntad del omnipresente, una terrible abominación de la cual deben protegerse. Pero, mientras escribo esto, esas creencias se están tambaleando, sacudidas por un caos del que soy en parte responsable.

Todo comenzó hace un tiempo atrás, bajo un cielo gris en el campamento de un grupo de ambulantes refugiados en medio de un bosque de los confines del Reino de Lis. Los ambulantes somos uno de esos pueblos de extrañas costumbres, creencias y vestimentas, que a ojos de los habitantes de Lis constituimos la peor escoria de este mundo. Pero, aunque no puedan verlo, somos seres iguales a ellos: necesitamos aire, agua y alimento para sobrevivir. Lo único que nos diferencia es que venimos de la Tierra Sin Fin, nuestro antiguo hogar, un lugar remoto del que nuestros antepasados debieron marcharse tras ser invadidos por el pueblo de los saaka. Desde que fuimos expulsados de nuestra añorada tierra, hemos vagado por este mundo sin un lugar fijo, hasta llegar al reino de Lis. Mi abuela me contó cómo atravesaron las aguas que separan la Tierra Sin Fin del Reino de Lis, escondidos en la embarcación de un comerciante que ofreció cruzar a decenas de familias como la mía a cambio de las pocas pertenencias valiosas que les quedaban luego de la conquista y el saqueo de los saaka. Creyeron que al otro lado del mar encontrarían un nuevo hogar, pero no fue así. Desde que pisaron las tierras del Reino de Lis, el cielo se cubrió de nubes grises y se desataron unas terribles lluvias intensas que se prolongaron durante meses. Además, sus costumbres y creencias resultaban extrañas para los habitantes de Lis, que observaban con desconfianza a sus poderosos curanderos y milagrosos brebajes, hierbas y ungüentos, capaces de curar cualquier herida o enfermedad. Los sacerdotes del reino atribuyeron las lluvias a la ira de el Creador por recibir a esos extraños forasteros de la Tierra Sin Fin, y a los sospechosos poderes de los curanderos. Los habitantes, enfurecidos, comenzaron a atacarlos y expulsarlos de ciudades y pueblos. Más tarde, el rey decretó su expulsión del reino y la condena a la muerte de aquellos que no se marcharan. Muy pocos consiguieron lugar en la embarcación de algún comerciante para volver a la Tierra Sin Fin, algunos lograron huir en pequeños grupos y ocultarse en los bosques. En uno de esos grupos condenados al exilio por los saaka y a vivir ocultos en

los bosques por los habitantes de Lis, mi madre me dio a luz y me llamó Adve.

En los bosques tuve una infancia feliz, respirando el aire puro con aroma de árboles, cazando, recolectando frutos y semillas, tallando pequeñas formas en madera con mi adorada amiga Nus. Pero todo cambió aquella mañana de cielo gris. Mientras tensaba sigilosamente mi arco para cazar un ciervo gris, el sonido apenas audible de una rama sonó detrás de mí. Tuve la sensación de estar siendo observada, por lo que decidí mirar sobre mi hombro y fue entonces que me quedé estupefacta: un niño desconocido, de mejillas carnosas y coloradas surcadas por lágrimas, me observaba con sus llorosos ojos negros abiertos como platos. No supe qué hacer o decir: claramente no era un ambulante, por primera vez en mi vida me había encontrado con un habitante de Lis. Yo estaba más asustada que el niño. Las preguntas nublaban mi capacidad para actuar. ¿Cómo había llegado el niño hasta allí? ¿Estaba solo? No, seguro estaba con alguien más. Y si estaba con más personas, ¿cuántas? ¿Qué hacer? ¿Hablar? ¿Correr? Tenía que alertar al campamento, pero ¿me daría tiempo a correr hacia el campamento y alertarlos para huir?... Y entonces el niño habló:

- ¿Cómo te llamas? -me preguntó amablemente.

-Adve -respondí sin pensar.

- Yo me llamo Guille -se presentó-. ¿Vives aquí, en el bosque?

-Sí.

-Estoy perdido, ¿me puedes ayudar a salir del bosque? -. Parecía sincero y asustado, evidentemente había estado llorado, pero sospeché que podría ser una trampa. Los habitantes de Lis se habían dedicado durante años a buscar a aquellos ambulantes que habían conseguido esconderse en los bosques del reino. La mayoría temía encontrarse con ellos, pero la Guardia del Reino se había dedicado a perseguirlos con expediciones constantes. Pero, ¿y si no era una trampa? ¿Iba a dejar a un niño solo perdido en el bosque?

- ¿Cómo has llegado hasta aquí, Guille? -pregunté mientras pensaba qué hacer.

- Estaba recogiendo leña con mi padre y mi hermano. Me perdí y no logro encontrarlos.

- ¿En dónde vives?

- En el pueblo de Orestes.

- Orestes está cerca. Puedo ayudarte a salir del bosque, pero tú deberás caminar sólo hasta el pueblo -le expliqué-. Además, debes jurar que no le dirás a nadie que me has visto en el bosque, ¿de acuerdo? Debes jurarlo.

- Lo juro. No diré nada.

Con cautela, mirando a mi alrededor y colgándome el arco en la espalda, me acerqué al niño y tomé su mano. Emprendimos la marcha hacia los límites del bosque. Los nervios me tensaban el cuerpo. Mis ojos intentaban localizar cualquier amenaza entre los árboles. Mis oídos trataban de distinguir cualquier sonido sospechoso en la calma del bosque.

- ¿Es lindo vivir en el bosque? -preguntó el niño con voz inocente. Su mano se aferraba a la mía y sus ojos me observaban con curiosidad.

- Sí, a mí me gusta.

- A mí me daría miedo -continuó Guille-. Mi padre dice que pueden aparecer animales y también los ambulantes, que son peligrosos.

Lo miré a los ojos intensamente. ¿No se había percatado de que yo era una ambulante? ¿O acaso lo sospechaba y estaba intentando confirmarlo?

- Los ambulantes no son peligrosos -objeté-. Son buenos. Y jamás atacarían a nadie, mucho menos a un niño como tú.

- ¿Conoces a alguno? -preguntó asombrada.

- Alguna vez vi un par... -respondí arrepentida. El niño podría contarle algo a su padre o a cualquier habitante de Orestes-. Pero te puedo asegurar que no le hacen daño a nadie. Ni siquiera tienen armas, sólo las herramientas necesarias para cazar.

- De todas formas, me daría miedo dormir aquí en la noche -insistió el niño-. Orestes es aburrido, pero lo prefiero mil veces.

- Nunca estuve en Orestes.

- ¿Jamás? -preguntó Guille asombrado. Entonces comenzó a describir su pueblo. La plaza, los puestos de los comerciantes con frutas, carne y pescado; el pequeño templo; las casas de piedra y madera con sus chimeneas humeantes. Me contó sobre su familia: vivía con su padre y sus tres hermanos mayores, todos taladores de árboles, ya que Orestes se dedica a comerciar madera con la ciudad de Adara. La madre había

muerto al dar a luz a Guille nueve años atrás.

La conversación con Guille fue haciendo que mi nerviosismo fuera disminuyendo en el trayecto por el bosque. Era un niño simpático, entusiasta y muy hablador. Me pregunté si su familia sería como él. Desde pequeña les había temido a los habitantes del Reino de Lis. Los relatos de mi abuela sobre la expulsión y la matanza de los ambulantes no parecían coincidir con los ojos curiosos y las mejillas rosadas del pequeño Guille. Sin embargo, había visto a los Guardias del Reino en el bosque cuando era una niña y sabía que las expediciones para capturar ambulantes eran reales.

De pronto, escuché gritos a lo lejos. Eran voces masculinas desconocidas.

- ¡Papá! -exclamó Guille.

- Guille, voy a llevarte con él, pero debes guardar silencio -le expliqué en un susurro, mirándolo fijamente a los ojos negros mientras lo sujetaba por los hombros-. Esto es muy importante: tu padre y tus hermanos no deben verme. ¿Recuerdas lo que juraste? No puedes decir una palabra sobre mí. Es muy importante Guille.

- Sí -respondió Guille con seguridad.

Comenzamos a caminar con cautela en dirección a las voces que llamaban con desesperación a Guille. Mis ojos iban de un lado a otro sin parar, buscando cualquier presencia cercana. Al fin pude ver a lo lejos al hombre que buscaba al niño con desesperación. Ocultándonos entre la vegetación, le hice señas a Guille para que se mantuviera en silencio mientras me arrodillaba frente a él. Le sonreí y me despedí en un susurro:

-Ha sido un placer conocerte, Guille.

- Gracias por ayudarme a volver, Adve. Tal vez la próxima vez que venga al bosque nos volvamos a ver.

- ¡Alto! -me quedé inmóvil al escuchar una voz desconocida a mis espaldas- ¡Aléjate del niño!

Me giré lentamente apartando me Guille con las manos a la altura del rostro, mostrando que no estaba armada ni tenía malas intenciones. Un joven, tal vez de mi edad, con los mismos ojos negros de Guille me observaba alterado mientras me amenazaba con un cuchillo. Era alto y fuerte. Algunos cabellos castaños enredados caían sobre su rostro y sus hombros.

- ¡Marco! -exclamó Guille con alegría-. Tranquilo, es Adve. Me he perdido

en el bosque y ella me ha ayudado a regresar.

- Guille, ven aquí inmediatamente -le ordenó el joven al niño, sin bajar el cuchillo. Inmediatamente supe que, a diferencia de Guille, Marco me había identificado como una ambulante. Mi cabello negro y rizado y mis amuletos tallados en madera colgando del cuello me habían delatado. Siempre han sido los rasgos que nos han distinguido de los habitantes del Reino de Lis.

Guille se acercó a su hermano y se ubicó a su lado. En ese momento me percaté de que otro hombre, mayor que Marco, había llegado hasta nosotros y empuñaba un hacha. Yo permanecía en silencio, pensando en cómo huir de allí. Conocía el bosque mejor que nadie y era veloz, pero si me perseguían no podría volver al campamento, tendría que conducirlos lejos de él para asegurarme que no pudieran encontrarlo.

- Eres una ambulante -. Señaló el hombre que acababa de llegar.

- No, papá. Sólo vive en el bosque -explicó Guille con inocencia-. Me ayudó a llegar hasta ustedes.

- Silencio, Guille -ordenó el hombre.

- Juro que sólo quise ayudar al niño -expliqué en un hilo de voz. Mi pecho subía y bajaba sin parar, mi respiración era acelerada y mi corazón latía a una velocidad increíble-. Por favor, no me hagan daño y permítanme marcharme.

- De ninguna manera. Seguro pensabas capturarlo y llevarlo con los tuyos, imaldita seas! -exclamó el padre de Guille.

- ¡Papá, sólo me ha ayudado! Por favor, déjala marcharse -insistió Guille con angustia. Ante la desesperación, sentí cómo un nudo me estrujaba la garganta y las lágrimas llenaban mis ojos.

- Juro que no hice nada, señor, por favor déjeme marcharme en paz - supliqué.

- Padre, ayudó a Guille a volver con nosotros. Dejémosla -sugirió Marco. Respiré con alivio al ver que el joven, aunque permanecía en alerta, intercedía por mí. Sin embargo, el padre de Guille, continuaba sosteniendo el hacha de forma amenazante mientras me clavaba una mirada llena de odio. Nunca nadie me había mirado de esa forma. Habiendo vivido toda mi vida en la burbuja de mi comunidad, protegida por los ambulantes, amada por mi familia, jamás había sentido el peso de una mirada cargada de un odio semejante.

- Te dejaré ir solo porque Guille ha regresado sano y salvo. Puedes regresar con tu comunidad de salvajes, pero te advierto que avisaré a la Guardia de su presencia en este bosque -decidió finalmente el padre de Guille-. ¡Márchate! ¡Ahora!

Salí corriendo a toda velocidad sin saber a dónde me dirigía. Sólo quería alejarme todo lo posible de aquel hombre amenazante y lleno de odio. Tropecé con las ramas, caí y rodeé por el suelo varias veces. En la desesperación volví a levantarme y seguí corriendo una y otra vez, hasta que el agotamiento me obligó a detenerme. Entonces me di cuenta de que había perdido la noción del tiempo y no tenía idea de en dónde estaba. Por la altura del sol, ya debía de ser mediodía. Tuve que caminar bastante hasta lograr orientarme para poder regresar al campamento. Debía volver de forma urgente, no sólo porque comenzarían a preocuparse por mi ausencia, sino porque temía que el padre de Guille ya hubiera alertado a la Guardia del Reino. Si era así, mi comunidad estaba en peligro.

Al llegar al campamento, caí de rodillas al suelo por el esfuerzo físico. Inmediatamente, escuché las exclamaciones de mi amiga Nus y de mi madre: - ¡Adve! ¡Adve! -varios se acercaron para enterarse sobre lo que había sucedido. La expresión de mi rostro, mis ropas sucias y desgarradas y mi cabello despeinado les pusieron en alerta.

- Me encontré tres habitantes de Orestes en el bosque -pude explicar con dificultad. Todos los rostros que tenía frente a mí palidieron y me observaron con preocupación-. Había un niño perdido en el bosque. Intenté ayudarlo a regresar con su familia sin que me vieran, pero lo hicieron. El padre del niño me ha perdonado la vida sólo porque se lo devolví a salvo, pero me amenazó con avisar a la Guardia... Debemos marcharnos inmediatamente de aquí.

- Tranquila Adve -susurró mi madre mientras me abrazaba. Sin embargo, su rostro reflejaba preocupación. Pude ver cómo cruzó una mirada interrogante con mi padre y otros adultos de la comunidad que estaban presentes, antes de preguntar: - ¿Qué sugieren hacer?

- No podemos irnos ahora. Pronto comenzará a bajar el sol -comentó Goro, el hombre más anciano de mi comunidad-. Además, tenemos unas horas de ventaja. El padre del niño deberá volver a Orestes y notificar a la Guardia del Reino, que no saldrá de expedición hasta el amanecer. Sugiero que comencemos a levantar el campamento para partir al amanecer, con la primera luz del día.

Aunque las decisiones las tomaban todos los adultos en conjunto, la voz de Goro tenía un peso diferente por su edad, experiencia y sabiduría. Se decidió entonces preparar todo para partir y pasar la noche allí, para

marcharnos al otro día al amanecer.

Esa noche no pude dormir. Tumbada en mi tienda, daba vueltas sin parar. Cada vez que cerraba mis ojos podía ver aquella mirada cargada de odio del padre de Guille. Todavía sentía el miedo y la desesperación. Por primera vez me sentía realmente insegura. Desde niños nos habían enseñado a ser cautelosos por la amenaza de los habitantes de Lis, pero nunca había sentido el pánico que esa noche hasta me impedía conciliar el sueño. Nus se percató de mi inquietud:

-No tengas miedo, Adve. Mañana nos marcharemos -me aseguró mi amiga. Desde pequeñas habíamos sido amigas, compañeras, prácticamente hermanas. Tal vez fue así porque las dos teníamos hermanos, pero ninguna había tenido una hermana. -Adve... ¿Cómo era los habitantes de Lis? ¿Son muy diferentes a nosotros?

Me quedé pensando sobre la pregunta de Nus. Alguna vez, de pequeñas, escondidas entre los árboles y conteniendo el aliento, habíamos visto algunos miembros de la Guardia del Reino. Sabíamos que los habitantes de Lis eran personas como nosotros, los de la Tierra Sin Fin. Pero nunca habíamos entablado conversación con alguno de ellos, sólo los conocíamos a través de los relatos de aquellos que habían sido expulsados del reino años atrás. Entonces, en medio de la oscuridad profunda, recordé la mirada cargada de odio del padre de Guille.

- A penas estuve con ellos un momento. Son de carne y huesos como nosotros; tienen un rostro, dos ojos, brazos, manos y piernas; caminan sobre sus dos pies. Pero hay algo... No lo sé... Guille fue amable y simpático conmigo, no parecía un niño malo. En cambio, su padre me observó de una forma tan horrible... -me quedé en silencio en la oscuridad. Nus no respondió y me di cuenta de que el cansancio la había vencido. Intenté dormirme, pero sería una noche muy larga.

Mientras yo intentaba conciliar el sueño en aquella carpa, partía del pueblo de Orestes una expedición de la Guardia del Reino. El padre de Guille había denunciado mi presencia en el bosque, a pesar de la oposición de sus dos hijos menores. La casualidad quiso que justo se encontrara de paso en el pueblo el comandante Auctori Tista, hombre temido y respetado en todo el reino, y obsesionado con la persecución a los ambulantes. El comandante decidió que debía salir inmediatamente una expedición hacia el bosque, que lideraría él personalmente. Aunque se avecinaba la noche, nadie se atrevió a discutirle, y hasta se unieron a la excursión varios habitantes de Orestes, incluido el padre de Guille, que debía guiarlos hacia el lugar en que habían encontrado a la joven.

Cuando por fin había logrado conciliar el sueño, me despertó el alboroto en el campamento. Gritos, corridas, llantos, fuego. En medio de la confusión, mientras salía de mi carpa y buscaba con la mirada a mi

familia, vi cómo unos guardias golpeaban salvajemente a mis hermanos en el suelo. A unos metros, mi padre yacía en el suelo, la mirada vacía y el cuerpo cubierto de sangre. Entonces escuché la voz desgarradora de mi madre:

- ¡Corran! ¡Rápido!

Nus me tomó de la mano y comenzó a correr. Pero yo no podía dejar a mi madre y mis hermanos allí. Fue entonces cuando me di de frente con un monstruoso caballo negro montado por un hombre de imponente tamaño, cabello oscuro, rostro frío y ojos sanguinarios. Esa fue la primera vez que tuve la desgracia de cruzarme con Auctori Tista.

- ¡Es ella! ¡Es la chica! -escuché que gritaba una voz detrás del comandante. Pude distinguir que era el padre de Guille. La desilusión y la angustia me invadieron mientras Auctori Tista, sin bajarse del caballo, me tomaba del cabello y me levantaba en el aire con una sola mano. Acto seguido me arrojó con violencia contra el suelo. Nus, con el rostro desencajado, se abalanzó sobre mí para ayudarme. Todavía aturdida, comencé a correr aferrada al brazo de mi amiga, escuchando con horror los cascos del caballo del comandante detrás nuestro. Nos alejamos del campamento internándonos en la oscuridad del bosque, y entonces, sentí algo que me agarraba y tiraba de mi brazo hasta meterme entre unos arbustos. Junto con Nus, caímos y rodamos por un suelo rocoso y cubierto de ramas en la más absoluta oscuridad. Cuando terminamos de caer, mi mirada se encontró con la de Marco, el hermano de Guille, que en apenas un susurro nos dijo:

- Voy a ayudarlas, pero deben hacer silencio.

Marco es una de las personas más buenas que he conocido en este mundo. Decidió salvarme avergonzado con el proceder de su padre para con la persona que había ayudado al pequeño Guille cuando se perdió en el bosque. Nos condujo por una especie de galería subterránea hasta salir nuevamente a la superficie. Yo echaba miradas a todos lados para tratar de ver si realmente habíamos perdido a Auctori Tista. Todavía podían escucharse a lo lejos los gritos provenientes del campamento. Caminamos durante un tiempo que pareció eterno, hasta llegar a una especie de cueva. Cerca había un caballo atado a un árbol.

- Deberán pasar la noche aquí. Al amanecer vendré a buscarlas -explicó Marco.

Con Nus, entramos en la cueva mientras observábamos que Marco se marchaba en su caballo. Nos quedamos abrazadas en silencio, temblando de frío y terror en medio de la oscuridad, preguntándonos si algún otro ambulante habría logrado escapar del campamento. En algún momento, el agotamiento hizo que nos quedáramos profundamente dormidas. En mis

sueños, volvía a vivir una y otra vez las escenas de horror de aquella noche. Hasta el día de hoy lo sigo haciendo.